

¿POR QUÉ MURIÓ JESÚS?

¿Qué tienen en común estas personas: Madonna, Elton John, Jennifer Aniston, Naomi Campbell, el Papa y Juanes?

Se pueden dar varias respuestas, pero una es que todos llevan una cruz.
No hay nada de malo en ello.

Hoy en día mucha gente luce cruces en aretes, pulseras, collares o incluso tatuajes!

Pero lo más común, es ver una pequeña cruz de oro o plata colgada al cuello.

A veces, una cruz de madera pequeña o, a veces, una cruz grande.
Y no hay nada de malo en ello

Pero, nunca han pensado / que, de algún modo, eso es algo un poco extraño / ya que la cruz era un método de ejecución.

¿Qué habrían pensado hoy si al llegar les hubiera saludado con esta horca tan bonita que he hecho?

O si llevara una silla eléctrica colgada al cuello, ¿qué pensarían?

Y la cruz fue un método de ejecución tan cruel que hasta los romanos eventualmente la abolieron en el año 337 d.C.

¿Por qué entonces lleva la gente cruces?

La cruz es el símbolo del cristianismo; algo así como el logo del cristianismo.

Cerca de un tercio de los evangelios trata de la muerte de Jesús.

La mitad de Marcos trata de esto.

Gran parte del resto del Nuevo Testamento explica por qué murió.

El rito central de la iglesia cristiana gira en torno al cuerpo quebrado y la sangre derramada de Jesús.

¿Por qué?

Muchos líderes que influyeron o cambiaron el mundo son recordados por el impacto de sus vidas.

Jesús, que más que ninguna cambió la historia universal, es recordado más por su muerte que por su vida.

¿Por qué se da esta centralidad a la muerte de Jesús?

¿Qué diferencia hay entre su muerte y la muerte de un héroe de guerra o de un mártir?

¿Por qué murió?

¿Qué consiguió?

¿Por qué es importante?

¿Qué significa?

Hay una expresión que aparece en el Nuevo Testamento: «Murió por nuestros pecados».

¿Qué puede significar esto?

¿Y qué relevancia tiene hoy para tu vida ésta noche, o para la mía?

Juan, capítulo 3, versículo 16 es probablemente el versículo más famoso de la Biblia y, en cierto modo, resume el mensaje bíblico:

Juan
Capítulo 3
Versículo 16

«Porque tanto amó Dios al mundo, que dio a su único Hijo, para que todo el que cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna».

«Porque tanto amó Dios al mundo, que dio a su único Hijo, para que todo el que cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna».

En resumen, la respuesta a la pregunta «¿por qué?» es «porque Dios te ama».

1. EL PROBLEMA

¿Cuál era el problema?

Algunos dicen: «Yo no tengo ninguna necesidad del cristianismo,

de veras soy muy feliz.

Mi vida es plena, intento ser amable con todos y me va bien».

Es cierto que todo ser humano, según la Nuevo Testamento, es creado a imagen y semejanza de Dios.

Por eso, todo ser humano tiene algo de bueno y de noble.

Algunos dicen: «Conozco a una persona estupenda que no es cristiana».

¡Claro!, todo ser humano es maravilloso por ser creado a imagen de Dios.

Pero también está la otra cara de la moneda.

Ciertamente, en mi propia vida, tengo que admitirlo, hay cosas que hago que sé que están mal, y me equivoco.

¿Pueden buscar Romanos, capítulo 3, versículo 23? San Pablo escribe esto:

Romanos
Capítulo 3
Versículo 23

...todos han pecado y están privados de la gloria de Dios...

...todos han pecado y están privados de la gloria de Dios...

¿A quién se refiere? Dice: «Todos han pecado».

Me cuesta muchísimo admitir que hago cosas que están mal.

Las palabras: «Me equivoqué», como se me atascan en la garganta, me cuesta mucho decir: «Fue culpa mía».

Mi esposa me regaló una tarjeta de cumpleaños buenísima para gente testaruda.

Tiene la imagen de un hombre con un carrito de compras lleno hasta rebosar que está caminando entre las montañas, seguido a un metro de distancia por su esposa.

Y la tarjeta dice: «Después de insistir que éste era el camino hacia el auto, Juan es incapaz de reconocer que se ha equivocado».

En mi caso siempre doy excusas e intento echar la culpa a los demás -¡casi siempre a mi esposa!-.

¿No han notado que cuando dos autos chocan, los conductores salen a discutir sobre quién tuvo la culpa? Ya sé que no conviene hablar demasiado para no acabar pagando, pero la reacción inmediata no es: «¡Oh cuanto lo siento! Fue culpa mía».

Inventamos todo tipo de excusas.

Encontré publicados algunos reportes enviados por la gente a las compañías de seguros, explicando, con razones a veces absurdas, las circunstancias de su accidente:

-Un hombre escribió: «Al regresar a casa, me equivoqué de vivienda y me choqué con un árbol que no estaba ahí».

-Otro escribió: «El otro auto chocó contra el mío sin previo aviso de su intención».

-Otra persona declaró: «El tipo iba por toda la carretera. Tuve que girar varias veces antes de chocarlo».

-Otro escribió: «Llevaba manejando 40 años cuando me dormí y tuve un accidente».

-Otro afirmó: «El peatón no sabía hacia dónde dirigirse, así que lo atropellé».

-Y otro dijo: «Arranqué rápido el auto, eché una mirada a mi suegra y acabé en una zanja».

Pablo dice que todos hemos hecho algo malo; todos hemos pecado.

¿Qué significa «pecar»?

Algunos dicen: «En el fondo yo soy bueno».

Supongo que eso depende de con quién nos comparemos.

Hay muchos niveles de referencia.

Esto es cierto en todos los ámbitos.

Lo es en el deporte.

Les dije la semana pasada que me encanta el *squash* y que juego a menudo.

De hecho, después de tanto tiempo practicándolo, debería ser buenísimo.

Pero no lo soy.

Sin embargo, me considero un jugador de *squash* aceptable.

Es decir, hay gente que es mucho mejor que yo, pero también hay gente que es peor que yo.

Una vez quedé para jugar con un amigo, llegué un poco temprano y apareció un hombre que tendría quince años más que yo y 25 kilos más, y... me invitó a jugar con él.

Así que pensé: «Me quedan diez minutos hasta que venga mi amigo, ¡está bien!».

Así que el tipo dijo: “Me servirá como calentamiento, vamos a la cancha.”

Así que entramos y le dije: «Saca tú» —quería que, por lo menos, pudiera golpear la pelota; por eso le ofrecí el saque—.

Y de pura suerte le salió un saque buenísimo que fue directo a la esquina.

Uno-cero.

Me alegré de que ganara un punto; sería una humillación dejarle a cero.

Cambió de posición y volvió a sacar: y de nuevo, ¡pum!, directo a la esquina.

Después, empezó a hacer dejadas y globos.

¡Me tuvo corriendo durante todo el juego!

¡Sudé como nunca!

Él, quieto en el centro —pum, pum— y yo corriendo.

De pronto entendí por qué pesaba más que yo: ¡nunca se movía!

Era muchísimo mejor que yo.

Ganó nueve-cero, nueve-cero, nueve-cero.

Pero, en realidad, no era tan bueno.

Contra un profesional, habría perdido.

Y un profesional, contra un internacional, también perdería.

Una vez, vi jugar a dos profesionales buenísimos de *squash* que estaban entrenando en nuestro club.

Observé con atención y pensé: «Bueno, si eso es *squash*, ¡lo que practicamos aquí debe de ser otro deporte!».

Porque hay niveles de referencia distintos.

Lo mismo ocurre, si quieren, en el ámbito moral y espiritual.

El antiguo párroco de esta iglesia hace unos años era un hombre John Collins, ahora tiene más de ochenta años.

Es la persona más amable, encantadora, espiritual, atenta y humilde que se puedan encontrar en la vida, y, además, explicaba muy bien la Biblia.

Y él explicaba así este versículo.

A veces cuando algún joven arrogante se le acercaba y le decía: «Llevo una buena vida, estoy bien así», John le respondía con este ejemplo.

«Imagínate que en esta pared hubiera una escala con toda la gente que ha existido.

La peor persona estaría abajo y la mejor, arriba del todo.

—Y decía— ¿A quién pondrías abajo?

La respuesta era: Adolf Hitler o Stalin o su jefe.

Y después decía: «¿Quién crees que es la mejor persona que ha existido?».

Y la respuesta era la Madre Teresa o su propia madre o alguien que iría arriba del todo.

Entonces, John decía: «Bien, estarás de acuerdo en que todos estamos en algún lugar

entre arriba y abajo».

Como era muy humilde añadía: «Yo debo estar aquí abajo y tú probablemente estarás ahí arriba», y el joven decía: «Seguramente es así».

Entonces, John preguntaba: «¿Cuál crees que es la referencia?».

El joven decía: «Quizá el techo sea la referencia».

Y John replicaba: «No, mira el versículo:

...todos han pecado y no alcanzan la gloria de Dios...

La referencia no es el techo, sino el cielo.

Porque la gloria de Dios fue revelada en Jesús, y comparados con él todos nos quedamos muy cortos».

Alguien podría objetar: «En ese caso, todos estamos igual.

¿Qué importa?».

Sí que importa, porque hay consecuencias.

Y éstas pueden resumirse en cuatro puntos que son, ni más ni menos, que los resultados del pecado.

1) Primero: la contaminación del pecado.

Hoy se reconoce que la contaminación del medioambiente es un gran problema.

Pero Jesús dijo que también es posible contaminar nuestras vidas.

¿Pueden buscar Marcos, capítulo 7, versículo 20?

Marcos
Capítulo 7
Versículos 20–23

«... lo que sale de la persona es lo que la contamina.
Porque de adentro, del corazón humano, salen malos pensamientos, inmoralidad sexual, robos, homicidios, adulterios,
avaricia, maldad, engaño, libertinaje, envidia, calumnia, arrogancia y necedad.
Todos estos males vienen de adentro y contaminan a la persona».

Jesús dijo: «Lo que sale de la persona es lo que la contamina (en otras palabras, es lo que nos mancha).

Porque de adentro, del corazón humano, salen malos pensamientos, inmoralidad sexual, robos, homicidios...».

Jesús también dijo que si nos enfadamos con alguien, es como si lo matáramos en nuestro corazón.

«... adulterios»: también dijo que el adulterio lo podemos cometer en nuestro corazón.

«... avaricia, maldad, engaño, libertinaje, envidia, calumnia, arrogancia y necedad.

Todos estos males vienen de adentro y contaminan a la persona» (estropean nuestra vida).

Al leer esta lista pueden pensar: «Yo no hago todas estas cosas».

Pero una sola, es suficiente.

Es como hacer huevos revueltos con once huevos buenos y uno podrido; éste afectará al resto.

Y... con los Diez Mandamientos ocurre lo mismo que... con las leyes de un país.

No valdría decir al cometer un delito: «No he infringido ninguna otra ley».

Con los Diez Mandamientos, no basta decir: «Cumpló nueve de los Diez Mandamientos; ¡el único que me cuesta es el de no matar!».

El apóstol Santiago dice: «Quien cumple con toda la ley pero falla en un solo punto ya es culpable de quebrantarla toda».

2) Segundo: el poder del pecado.

No sé para ustedes, pero para mí, lo que es malo es muy adictivo.

Tiene como un poder de adicción.

Jesús dijo: «Todo el que peca es esclavo del pecado» -es decir, nos controla-.

Sabemos que esto ocurre con ciertas cosas.

Sabemos que quien consume heroína durante un cierto periodo de tiempo, acaba desarrollando una adicción.

Pero no son sólo las drogas lo que crea adicción, Jesús dice que es posible ser adicto al mal carácter, la envidia, la arrogancia, el orgullo, el egoísmo, la lujuria, el chisme o cualquier otra cosa que puede controlarnos.

3) El tercer punto es la pena del pecado.

Creo que hay algo en la naturaleza humana que clama justicia.

Cuando, por ejemplo, leemos noticias de niños víctimas de abusos sexuales o de ancianos atacados brutalmente en sus casas, algo dentro de nosotros grita: «¡Eso está mal!»

Esa gente tendría que ser detenida y llevada ante la justicia.

Merecen un castigo por ello».

Personalmente, me resulta fácil decir de los demás: «¡Sí, se lo merecen!».

Pero me cuesta mucho más decirlo sobre mí mismo.

Soy... un tanto hipócrita: me gusta juzgar a otros, pero no a mí mismo.

Les daré un ejemplo muy sencillo.

Hasta hace poco y durante muchos años fui a trabajar en bici.

Y era algo que me encantaba porque si iba en automóvil tardaba unos 40 minutos, pero si iba en bici tan sólo tardaba 15.

Eso se debía a que en el trayecto había un carril para bicis.

Y había dos carriles: uno para buses y bicis, y otro para autos.

Y el de los autos, a la hora en la que yo iba, tenía siempre mucho tráfico (había una fila enorme de autos).

Me encantaba ir en bici para adelantar a todos los autos.

¡Era fabuloso!

A veces, algún auto entraba en nuestro carril y era un fastidio

Porque no debe haber ningún auto en el carril de bicis.

Así que me ponía en el medio para que no me adelantara.

Como sabía que había dos ubicaciones con policías, deseaba que esos autos que se

colaban en el carril de bicis fueran multados, ¡se lo merecían!

No debían estar ahí... Es aterrador para los ciclistas tener esos autos en su carril.

¡Se merecían una multa!

¡Bien!.

Así que... me gustaba hacer eso.

A veces llovía, y cuando llovía, no me gustaba ir en bici así que iba en auto.

Y atascado en medio del tráfico veía a esos ciclistas presumidos adelantarme.

Qué absurdo me parecía; había dos carriles: uno, con pocos ciclistas, casi vacío, y otro con un atasco tremendo.

¡Qué sentido tiene que haya tantos autos en un carril y que el otro esté vacío!

Sería más rápido, al menos para mí, ir por el carril de bicis.

Y además sabía dónde estaba la policía, así que podía colarme sin ningún problema.

Y el letrero decía: «Buses y ciclistas», ¡y yo soy ciclista! ¡Así que yo podía!

San Pablo, en la carta a los Romanos, dice: «Ustedes no tienen excusa cuando juzgan a los demás. Siempre que juzgan a los demás se están condenando a sí mismos, porque ustedes, los que juzgan, hacen lo mismo».

Si señalamos con el dedo, nos señalamos con tres dedos.

Romanos
Capítulo 6
Versículo 23

Porque la paga del pecado es muerte, mientras que el regalo de Dios es vida eterna en Cristo Jesús, nuestro Señor.

4) Y el cuarto: la separación del pecado.

Abran sus biblias en Romanos 6, versículo 23.

San Pablo escribe esto: «Porque la paga del pecado es muerte, mientras que el regalo de Dios es vida eterna en Cristo Jesús».

La paga del pecado es muerte.

Y por «muerte», Pablo no sólo se refiere a la muerte física; sino también a una muerte espiritual.

Y eso... ocurre cuando nos separamos de Dios, es decir, hay una separación entre nosotros y Dios causada por nuestras malas acciones.

El profeta Isaías afirmó: «No es que Dios no los oiga, sino que sus pecados crean una separación entre ustedes y su Dios».

Y nuestras malas acciones realmente pueden separarnos de él eternamente.

Es como cuando una relación se rompe y no puedes mirar al otro a los ojos.

Algunos dicen: «Intento orar, pero mi oración no pasa del techo.

Parece que no hay nadie ahí arriba.

Hay una separación».

Ésa es, por así llamarla, la mala noticia.

Pero, ciertamente, la palabra «evangelio» significa 'buena noticia'.

El mensaje del cristianismo es sobre todo buena noticia.

Y la buena noticia es que Dios nos ama a ti y a mí.

Y la cosa no queda ahí: pues Dios decidió hacer algo al respecto.

Tanto amó Dios al mundo —a ti y a mí— que envió a su único Hijo, para que hiciera algo al respecto.

¿Cuál fue, pues, la solución?

2. LA SOLUCIÓN

Es completamente... un misterio.

Es tan difícil, asombroso, hermoso, y a la vez tan profundo...

En resumen es esto: que Dios vino a este mundo en la persona de su Hijo, Jesucristo, para morir por ti y por mí.

Primera Carta de Pedro, capítulo 2, versículo 24. Pedro escribe esto:

1 Pedro
Capítulo 2
Versículo 24

Él mismo llevó nuestros pecados, en su cuerpo, al madero, para que muramos al pecado y vivamos para la justicia. Por sus heridas ustedes han sido sanados.

Él mismo (es decir, Jesús) llevó nuestros pecados, en su cuerpo, al madero (o sea, a la

cruz), para que muramos al pecado y vivamos para la justicia. Por sus heridas ustedes han sido sanados.

No se trata de un tercero inocente que es castigado en nuestro lugar —eso sería muy cruel—, sino que es lo que John Stott llamó la «autosustitución de Dios».

¿Qué quiere decir eso?

El 31 de Julio de 1941 un prisionero escapó de Auschwitz.

Como represalia, la Gestapo escogió a diez prisioneros para que murieran de hambre en un búnker subterráneo.

Uno de los hombres elegidos para morir, se llamaba Francis Gajowniczek.

Cuando Francis Gajowniczek fue seleccionado, exclamó diciendo: «¡Ah! ¡Qué será de mi pobre esposa y de mis hijos!

¡Nunca me volverán a ver!».

En aquel momento, un polaco de insignificante figura y con gafas redondas de montura de alambre dio un paso y dijo: « Soy sacerdote católico.

No tengo ni esposa ni hijos.

—Y añadió—. Quiero morir en lugar de ese hombre».

Para sorpresa de todos, su petición fue aceptada.

Maximiliano Kolbe era el nombre de ese sacerdote católico.

Tenía 47 años y fue con los demás al «búnker del hambre».

Era un hombre impresionante: puso a todos a orar y a cantar, transformando el ambiente

de aquel búnker.

Fue el último en morir: le pusieron una inyección letal de ácido carbónico el 14 de agosto de 1941.

Cuarenta y un años después, el 10 de octubre de 1982, la muerte de Maximiliano Kolbe obtuvo su reconocimiento.

En la Plaza de San Pedro de Roma, entre una multitud de 150.000 personas, incluidos 26 cardenales y 300 obispos y arzobispos, estaba aquel hombre: Francis Gajowniczek.

El Papa describió la muerte de Maximiliano Kolbe así. Dijo: «Fue una victoria como la de nuestro Señor Jesucristo».

En una ocasión, mientras hojeaba el periódico, vi el obituario de Francis Gajowniczek.

Y lo que decía era que Francis había dedicado el resto de su vida a viajar por el mundo para contar lo que Maximiliano Kolbe había hecho por él: morir en su lugar.

De una manera mucho más asombrosa y fascinante, Jesús murió en nuestro lugar. Sufrió la crucifixión por nosotros.

Cicerón describió la crucifixión como «la tortura más espantosa y cruel».

Jesús fue despojado de su ropa, atado a una columna y flagelado con tiras de cuero, entretrejidas con fragmentos de hueso y plomo.

Eusebio, historiador del siglo tercero, describió la flagelación romana en estos términos:

«Las venas del azotado, así como sus músculos, tendones e intestinos quedaban al descubierto».

Después, lo llevaron al Pretorio, donde le incrustaron una corona de espinas.

Le obligaron a llevar un pesado madero sobre los hombros hasta que se desplomó.
En el lugar de la crucifixión, lo volvieron a desnudar.

Lo tendieron sobre la cruz y le atravesaron las muñecas con clavos de quince centímetros.

Le retorcieron las rodillas para introducir un clavo entre la tibia y el tendón de Aquiles.

Lo elevaron en la cruz, la cual encajaron en un hoyo.

Quedó así colgado, oprimido por el calor y la sed y expuesto a las burlas del gentío.

Permaneció así seis horas, con gran dolor, mientras su vida se apagaba lentamente.

Fue la cumbre del dolor y el abismo del oprobio.

Sin embargo, el Nuevo Testamento no se centra en la agonía física de Jesús, ni tampoco en el dolor emocional de verse rechazado por el mundo y por sus amigos.

En lo que se centra es —y en esto es único, porque hay más gente que sufre físicamente—, pero lo excepcional de Jesús fue su sufrimiento espiritual: se sintió separado de su Padre cuando cargaba con nuestros pecados.

Les invito a que retrocedan en sus biblias a Isaías 53, versículo 6.

Isaías
Capítulo 53
Versículo 6

Todos andábamos perdidos, como ovejas; cada uno seguía su propio camino, pero el Señor hizo recaer sobre él la iniquidad de todos nosotros.

Todos andábamos perdidos, como ovejas; cada uno seguía su propio camino, pero el

Señor hizo recaer sobre él la iniquidad de todos nosotros.

A mí me costó muchísimo entender la muerte de Jesús en la cruz.

Cuando oía hablar de ello, decía: «¡No tiene sentido!

¿Alguien que murió hace 2.000 años por mí? Creo, que suena absurdo».

Me parecía inconcebible.

Fui a una conferencia de un hombre llamado David McInnes y Refiriéndose a este versículo, dijo:

«Imaginen que esta mano nos representa a ustedes y a mí, su vida y la mía.

Este libro representa las malas acciones, lo que crea una barrera entre nosotros y Dios.

Y esta otra mano representa a Jesús.

Jesús nunca hizo nada malo.

Vivió una vida sin pecado.

Jamás hubo barrera alguna entre él y su Padre».

Isaías dice: «Todos andábamos como ovejas perdidas; cada uno seguía su propio camino».

Y continúa: «El Señor hizo recaer sobre él (sobre Jesús crucificado) la iniquidad de todos nosotros».

Jesús crucificado cargó con tu pecado y mi pecado.

Por lo tanto, fue separado de Dios, no por sus acciones, sino por las nuestras.

Por eso clamó: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?».

Fue separado, no por su pecado, sino por el nuestro.

Y el orador concluyó: «¿Se dan cuenta en qué situación quedamos ustedes y yo?

Libres para relacionarnos con Dios».

3. EL RESULTADO

¿Así que Cuál es el resultado?

«Tanto amó Dios al mundo, que dio a su único Hijo para que...” (¡haya resultados!).

Y la Cruz, es como un hermoso diamante.

Un diamante tallado puede ser admirado desde varios ángulos para ver diferentes luces y colores.

Y se puede mirar a la cruz desde diferentes ángulos, pero a pesar de eso jamás entenderemos del todo su profundidad y hermosura.

Como dije, es un misterio, en cierto modo.

Pero el Nuevo Testamento dice que tiene muchos ángulos.

Uno de ellos muestra lo mucho que Dios te ama.

Si dudas que Dios te ama, mira a la Cruz.

«Nadie tiene amor más grande —dijo Jesús— que el que da la vida por sus amigos».

También nos dice algo acerca de la naturaleza de Dios.

A veces algunos dicen —bueno, ésta es la pregunta más difícil y la mayor objeción moral que se hace al cristianismo—: «¿Por qué hay tanto sufrimiento en el mundo?

¿Por qué permite Dios tanto sufrimiento?».

Y no tenemos respuestas sencillas.

Es una pregunta muy, muy difícil.

Pero sí sabemos esto que Dios no ignora el sufrimiento.

Él vino en la persona de su Hijo, y sufrió por nosotros y sufre ahora con nosotros.

La Cruz y la Resurrección, que son en el fondo un único acontecimiento, nos anuncian que el mal ha sido derrotado, porque Jesús resucitó de la muerte, la Cruz funcionó, y los poderes del mal y de la muerte fueron derrotados.

¡La cruz tiene tantas facetas!

Pero voy a centrarme en cuatro imágenes del Nuevo Testamento.

Lo que el Nuevo Testamento dice es: «¡Fíjense en esta imagen y traten de ver si les ayuda!».

✝ Primero vemos esto: un modo de ver el resultado de la cruz es que hay borrón y cuenta nueva para volver a empezar.

Ésta es la imagen del *Templo*.

En el Antiguo Testamento había leyes muy minuciosas sobre cómo proceder cuando se hacía algo malo.

Básicamente, tenías que ir al Templo, tomar un animal y confesar tus pecados sobre el animal.

La imagen —tan sólo era una imagen— representaba que tus pecados pasaban de ti al animal, que entonces era sacrificado.

Pero la gente sabía que eso no era eficaz.

El autor de Hebreos dice: es imposible que la sangre de toros o cabras quite los pecados; eso es sólo una imagen.

Cuando Juan el Bautista vio a Jesús, dijo: «¡Miren!, el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!».

Jesús era el único sacrificio perfecto.

Y San Juan nos asegura que la sangre de Jesús nos purifica de todo pecado: limpia y elimina la contaminación del pecado en nuestras vidas y hace borrón y cuenta nueva para que volvamos a empezar.

✝ Otro resultado es que podemos ser liberados de malos hábitos, de vicios y adicciones.

Es la imagen del *mercado*.

En el mundo antiguo ocurría lo mismo que ocurre ahora: la gente se endeudaba.

Una de las maneras de librarse de la deuda era venderse como esclavo.

Así que ibas al mercado con un precio colgado del cuello, equivalente a tus deudas, para que con el dinero pudieras pagar tus deudas. Te compraban como esclavo.

Y eso era el «precio de rescate».

Quizá alguien generoso podría aparecer y pagar el rescate para liberarte.

Jesús dijo: «He venido a dar mi vida en rescate» —para liberarnos—.

Vi una entrevista que le hicieron al cantante Lionel Richie en televisión, hecha por un periodista conocido del BBC, donde dijo que provenía de una familia muy pobre, pero que empezó a ganar dinero con sus canciones.

Y, siendo el cumpleaños de su padre, Richie le hizo un regalo enorme. Su padre estaba encantado con el regalo.

Pero al desenvolverlo, se encontró con más papel de regalo.

Quitó la segunda capa de papel y encontró más y más envolturas.

Así que el regalo se fue reduciendo cada vez más y más y más, mientras la cara de su padre cambiaba.

Finalmente llegó al regalo, que tan sólo era un pedacito de papel.

El papel simplemente decía: «Todas las Deudas pagadas».

Su padre dijo: «¿Las de mi tarjeta de crédito?».

Le dijo: «Sí, pagué todas tus tarjetas».

Preguntó: «¿Y las del auto?».

«Sí, también las del auto».

Dijo: «¿Y la hipoteca?».

Respondió: «También la hipoteca».

Todas las deudas pagadas —eso es lo que Jesús hizo en la cruz: pagó todas las deudas—.

Jesús afirmó: «Si el Hijo los libera, serán verdaderamente libres» (¡libres de veras!).

Por supuesto, al menos en mi caso, es un proceso.

Cuando me hice cristiano, fui liberado inmediatamente de algunas cosas.

Otras, están tomando más tiempo.

Es un proceso.

Pero Jesús nos libera.

Recuerdo un hombre, Billy Nolan, que mendigó en la puerta de esta iglesia veinte años.

Lo único que hacía era mendigar y tomar vino.

Huyó de la marina mercante a la edad de 18 años y fue alcohólico otros 38.

El 13 de mayo de 1990 se miró al espejo y dijo: «Tú no eres el Billy Nolan que conocí».

Como él mismo cuenta, pidió al Señor Jesucristo que entrara en su vida.

En ese momento fue liberado súbitamente de su adicción al alcohol.

No ha tomado una gota de alcohol desde entonces.

Ahora es fácil verlo, al fondo de la iglesia, bien vestido y con los brazos en alto alabando a Dios.

Una vez me lo encontré afuera y le dije: «Billy, se te ve muy contento».

«Lo estoy.

La vida es como un laberinto y por fin he encontrado la salida, a través de Jesús».

✝ Tercer resultado: podemos ser perdonados totalmente.

Ya hablamos del Templo, del mercado y, ahora, del *tribunal*.

Pablo afirma que por la muerte de Cristo fuimos justificados.

«Justificados» es un término jurídico.

Si alguien es juzgado y resulta absuelto, queda justificado.

Ya les dije que me resultaba muy difícil comprender la Cruz —me decían: «Jesús murió por ti», «Mmm... no lo veo».

Éste es el ejemplo que más me ayudó.

Alguien me lo contó: Había dos amigos en la escuela.

Eran muy buenos amigos.

Fueron juntos a la universidad; siguieron siendo grandes amigos.

Después, cada uno siguió su camino.

Uno de ellos estudió derecho y se hizo juez.

El otro cayó en la delincuencia.

Un día, el delincuente compareció ante su viejo amigo, el juez.

Y el juez se enfrentó a un dilema porque él amaba a su amigo, pero debía hacer justicia.

Ése, si quieren, es el dilema de Dios: nos ama, pero tiene que hacer justicia.

Como el juez, Dios no puede decir: «Eres un viejo amigo, estás libre».

Bien, volviendo al ejemplo, el amigo se declaró culpable y el juez lo sancionó con lo correspondiente a su delito (una multa de 20.000 dólares).

Acto seguido, se quitó la toga, bajó del estrado y firmó un cheque por 20.000 dólares.

El juez pagó la multa él mismo.

Eso es lo que Dios hizo por nosotros en Cristo.

Ciertamente, el ejemplo se queda corto porque el amor de Dios es mucho más grande que el de un amigo, el delito merece mucho más que una multa y el costo no lo puede cubrir un cheque (a Jesús le costó su mismísima vida en la cruz).

Pero la imagen nos muestra que la pena ya se pagó y, por tanto, podemos ser totalmente perdonados.

✝ En cuarto lugar, podemos entrar en la familia de Dios: es la imagen del *hogar*.

La raíz y el fruto del pecado es una relación rota.

Como cuando un padre y un hijo dejan de hablarse.

Ya sabemos lo que significa la separación en una relación; después no somos capaces de mirarnos a los ojos porque sabemos que hay algo entre los dos: una barrera.

El resultado de la Cruz es la posibilidad de restaurar nuestra relación con Dios.

San Pablo lo expresa así en... Segunda Corintios 5, 19.

«Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo —a ti y a mí— consigo mismo».

Ésta es la respuesta a lo que, de otro modo, podría parecer enormemente cruel.

En caso de que... Jesús hubiera sido un tercero inocente a quien Dios castigó en nuestro lugar, eso habría sido muy cruel.

Pero el versículo dice: «Dios estaba en Cristo».

Por eso la charla de la semana pasada es tan importante: porque si Jesús no es Dios, no tiene sentido.

Pero Dios estaba en Cristo.

Dios mismo vino en la persona de su Hijo, Jesucristo, para morir por ti y por mí.

Por lo tanto, es posible reconciliarnos con Dios.

Y al reconciliarnos con Dios —y ésta es una de las cosas que me encanta de Alpha—, entonces se restauran las demás relaciones: a veces, entre esposos, entre padres e hijos...

Dios nos ama, ése es el núcleo del mensaje cristiano: te ama y me ama.

Así lo expresa Pablo en Gálatas 2, versículo 20: «El Hijo de Dios me amó y dio su vida por mí».

Es así de personal.

Aunque fueras la única persona en el mundo, Jesús moriría por ti.

Cuando finalmente caí en la cuenta de que Jesús había muerto por mí, mi vida cambió completamente.

Y entendí que se requería una respuesta.

«Tanto amó Dios al mundo, que dio a su único Hijo, para que todo el que cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna».

La respuesta es creer, aceptar, si quieren, el regalo que Dios ofrece.

Volviendo al ejemplo de los dos amigos de universidad, el que se hizo juez y el delincuente, recordarán en ese ejemplo que el juez ofreció a su amigo un cheque.

Hoy Dios también te ofrece a ti un cheque.

He completado este cheque, del Banco del Cielo, que ofrece perdón, libertad, purificación, reconciliación y vida eterna.

En el importe, pone: «Todas las riquezas del cielo».

Lo firma «El Señor Jesucristo», porque Jesús lo hizo posible por lo que hizo en la cruz.

Tiene la fecha de hoy, porque es hoy cuando Él hace la oferta.

La casilla del beneficiario está en blanco para que puedas poner tu nombre.

Él te ofrece un regalo.

Pero nunca nos obliga.

Nos ama; pero el amor nunca obliga, nunca impone.

Lo da como regalo.

Tenemos la opción de romper el cheque y decir: «No, gracias», o bien recibirlo y decir: «Gracias por morir por mí».

Me gustaría que hiciéramos un momento de silencio para que, si hay alguien aquí que quiera orar, tenga la oportunidad de hacerlo.

Porque en oración podemos aceptar este regalo.

Y quiero hacerlo posible.

Quizá haya alguien aquí que quiera recibir hoy este regalo.

Y quisiera hacer una oración muy sencilla: «perdón, gracias, por favor».

Es una manera de creer, de aceptar este regalo.

Es cierto que hay mucho tiempo por delante y que estamos al inicio del curso; habrá más oportunidades, así que, si... no estás preparado, no te sientas obligado a hacerlo.

Pero si quieres orar hoy, he aquí una oración que puedes hacer en tu corazón.

No te voy a pedir que la digas en alto, sino en el silencio de tu corazón para que puedas recibir este regalo.

Repite estas palabras en tu corazón.

Señor Jesucristo, gracias por morir por mí en la cruz.

Me arrepiento de todo lo que he hecho mal en mi vida.

Dejo atrás todo aquello que sé que está mal.

Y recibo ahora el regalo de tu perdón.

Confío en lo que hiciste por mí en la cruz.

Y te pido que vengas y que me llenes de tu Espíritu Santo; que me des la fuerza para vivir el tipo de vida que, en el fondo, anhelaba vivir.

Gracias, Señor Jesús. Amén.